

rió el 26 de febrero del año 419 ó 420, á la edad de sesenta y siete años, después de haber hecho casi toda la ciudad de Gaza cristiana.

Nada tenemos que decir de particular sobre su discípulo Marcos, sino que escribió muy fielmente su historia que se puede ver en Bolando, y que los autores más críticos han considerado como una de aquellas que llevan tales caracteres de verdad, que no se pueden rehusar.

Ahora conviene hablar de san Zenón, obispo de Majuma, de quien la Iglesia hace mención en el Martirologio al 26 de diciembre. Cuanto vamos á decir de él lo tomaremos de Sozomeno, quien habla del mismo como habiéndolo visto cuando gobernaba esta iglesia. Desde su juventud renunció á la vida seglar, y abrazó el estado monástico. Esto sin embargo no fué en el desierto, sino en Majuma mismo, donde, según la espresión de Sozomeno, se aplicó con especial cuidado al ministerio de Dios. Tenía un hermano llamado Ajax que estaba casado, y había hallado una virtuosa mujer de singular hermosura, de quien tuvo tres hijos. El uno de ellos se casó y los otros dos se retiraron del siglo para llevar una vida aplicada en Dios.

Ajax, después de haber tenido estos tres hijos abrazó la continencia, y se juntó á su hermano para practicar los ejercicios de la vida solitaria. Después gobernó la iglesia de Batolia con mucha sabiduría y reputación. Por esto se ve que esta era una raza de santos. No debe uno admirarse por ello, pues la piedad cristiana reinaba tanto en la villa de Majuma como era perseguida en la de Gaza de la cual no distaba más de una legua.

San Zenón aun tuvo la dicha de tener primos mártires; y poco faltó para que él fuera martirizado con ellos. Este lugar de su historia lo honra de tal manera, que, aunque indirectamente, merece ser relatado.

Hemos visto cual era la prevención de los habitantes de

Gaza en favor de los ídolos. Juliano el Apóstata habiendo querido fomentar el culto de estos cuando fué nombrado emperador, ellos no tardaron en vengarse contra los cristianos de los golpes que los emperadores precedentes habían dado á la idolatría. Cometieron crueldades inauditas; y para no salir de nuestro propósito, se apoderaron de los tres hermanos, Eusebio, Nestago y Zenón, primos del Santo de quien hablamos, y de san Nestor, primo también de estos tres hermanos; los azotaron encerrándolos en una carcel. San Zenón había sido preso ó al menos había estado á punto de serlo con ellos, encontrándose entonces en Gaza; pero durante el tumulto se escapó, y se refugió en Antedón, pueblo marítimo á una legua de Gaza.

Después de estos primeros ultrajes que sus primos sufrieron, habiéndose los paganos reunido en el teatro, comenzaron á declamar contra ellos, diciendo que en el reinado de Constancio habían querido arruinar su religión. A los gritos que hacían quejándose de esto y excitándose los unos á los otros su furor se encendió; corrieron en tropel á la carcel, sacaron de ella los Santos, los arrastraron por las calles, les dieron todos los tormentos imaginables y por fin los despedazaron, exceptuando á san Nestor, del cual algunos tuvieron compasión cuando lo arrastraban, y lo llevaron medio muerto fuera del pueblo. Algún tiempo después murió de estas heridas en casa de san Zenón, y la Iglesia lo puso en el número de los Mártires.

Los paganos, después de haber muerto á los otros, fueron á quemar sus cuerpos fuera del pueblo y mezclaron los huesos que de ellos quedaban entre los de los animales que se echaban al mismo lugar, para impedir que los cristianos los pudiesen distinguir y les dieran la veneración que merecían; pero Dios hizo que milagrosamente los hallara una

mujer cristiana, y en sueño le mandó que los remitiera á san Zenón primo de los mártires.

Habiéndose este retirado, como hemos dicho, en Antedón, villa tan idólatra como Gaza, fué allí descubierto por los habitantes, quienes lo expulsaron después de haberle azotado cruelmente. Se refugió, pues, en Majuma, donde la piadosa mujer que había recogido los restos de los cuerpos de sus primos se los llevó, según la orden que había recibido de Dios.

Esto parece que fué entonces que su hermano, Ajax se juntó á él para practicar juntos la vida solitaria. San Zenón fué después obispo de Majuma en el imperio de Teodosio I. Gobernó esta iglesia tan largo tiempo, que llegó á ser el obispo más antiguo de la Palestina, habiendo llegado su vida hasta los cien años ó más. En tan avanzada edad regularmente no dejaba de asistir al oficio de la mañana y de la noche. También continuó practicando las austeridades de la vida monástica; y aunque su iglesia fuese muy numerosa y rica, no creyó deberse dispensar del trabajo de las manos, haciendo tela para tener con que entretenerse y poder hacer más y mayores limosnas. Murió bastante antes del siglo quinto, en tiempos de Teodosio II. No debemos olvidarnos de decir que después que fué obispo de Majuma, construyó una iglesia cerca de la ciudad, bajo cuyo altar colocó las reliquias de los tres mártires sus primos, cerca del sarcófago de san Nestor quien había muerto en su casa de las heridas que los paganos le habían hecho.

Hablando de san Epifanio no nos detendremos en los actos de su vida publicados bajo el nombre de sus discípulos, Juan, Polibio y Sabino, que Bivarrio trató de prohibir, porque son reconocidos como supuestos por los críticos más distinguidos, sobre lo cual se puede ver particularmente las notas del Padre Papebroch; de suerte que con este docto continuador de Bolandio recogeremos lo que

vamos á decir del Santo, parte de Sócrates y de Sozomeno, parte de San Jerónimo y de sus mismos escritos, como garantidores más seguros de la verdad.

Nació hacia el año 310; su patria fué Besanduc, aldea de el territorio de Eleuterópolis en Palestina <sup>1</sup>. Hay motivos para creer que recibió una educación cristiana. Al menos es cierto que desde su juventud abrazó la vida religiosa. Las palabras de Sozomeno parece dan á entender que su primer retiro fué la Palestina y antes que fuese al Egipto. Parece no obstante, por aquello que él mismo relata de los lazos que le tendieron algunas mujeres de las sectas de los agnósticos, que fué algún tiempo á Egipto para concluir sus estudios en Alejandria antes que se retirase en los monasterios; pues, dice, que se encontró un día con algunas de estas mujeres que se las daban por dogmatizar, y emplearon todos los artificios que estuvieron en su alcance para corromperle el corazón lo mismo que el espíritu, explicándole los más infames secretos de su secta. Pero, aunque fuese todavía joven, tuvo bastante virtud para resistirlas recurriendo á Dios con la oración. La herejía de los agnósticos combatía tanto la pureza de costumbres como la de la fé; y entre ellos era más monstruoso vivir según el espíritu que sumergirse en los pecados de los sentidos; por esto viendo estas hipócritas impúdicas la resistencia de nuestro Santo, dijeron en el sentido de su secta: No nos ha sido posible salvar á este joven. Ellas no dejaron de tentarlo por segunda vez, pero fué tan inútil como la primera. Hizo más, pues las delató á los obispos de los lugares, quienes hicieron desterrar ochenta de ellas que se habían introducido entre los fieles con la intención de seducirlos.

Pasó muchos años en los diversos monasterios de Egipto, en donde observaba todo aquello que veía más perfecto

<sup>1</sup> En la tribu de Dan al S. O. de la de Gad.

en los ejercicios de los solitarios, y trataba de ponerlo en práctica. Después volvió á Besanduc, en cuyo vecindario fundó un monasterio, donde muchos monjes se pusieron bajo su dirección. Tuvo la dicha de conocer á san Hilarión y de contraer con él una estrecha amistad; de manera que muchos lo colocan en el número de sus discípulos. El mismo tuvo en esto un mérito singular, y era tanto más apto para formarlos, cuanto que había recibido excelentes instrucciones de los más distinguidos maestros de la vida solitaria que había en Egipto.

Su mérito lo hizo elevar al sacerdocio; y creciendo cada día más su reputación, tanto por sus virtudes religiosas como por su erudición y por la pureza de su fe, á pesar suyo fué sacado de su monasterio y elegido para gobernar la iglesia de Salamina, metrópolis de la isla de Chipre. Brillando en su nueva cátedra con todas las virtudes episcopales, conservó siempre las de su primer estado: El mismo desprendimiento, el mismo espíritu de penitencia, la misma caridad. El cuidado que tomó de su grey podía servir de modelo á los más grandes obispos. Por una parte era como el padre de su pueblo, y en particular de los pobres, en favor de los cuales sacrificaba no solo sus propios bienes, más aun los de su iglesia. Sus profusiones eran algunas veces tan grandes, que le reducían á él mismo á la necesidad, lo que más de una vez dió motivo de queja á sus administradores, pero Dios proveyó á sus necesidades en más de una ocasión de una manera extraordinaria, y justificó su conducta con milagros. También se estaba tan persuadido de las riquezas de que Dios le había hecho tan dispensador, que muchas personas piadosas le enviaban desde las provincias mas lejanas del imperio sumas considerables para que las distribuyera entre los pobres, y otras personas del país le dejaban al morir grandes legados, estando persuadidas que haciendo pasar sus limosnas por sus manos se-

rían mejor recibidas por Dios. Tenía también un cuidado especial de los extranjeros que los naufragios echaban de cuando en cuando sobre la costa de la isla, proveyéndoles de vestidos y de cuanto necesitaban, y tratando por sus liberalidades de consolarlos en su desgracia.

Una caridad tan benigna unida á sus otras virtudes lo hacía querer con delirio por su pueblo; y por otra parte su erudición lo hacía respetar no solo por los católicos si que también por los arianos de quienes por otra parte era el mayor enemigo. También mientras que los santos Padres, como san Jerónimo, san Agustín y muchos otros han hecho de él grandes elogios, y que los obispos de su tiempo tenían por él una veneración particular, los arianos que privaban mucho con el emperador, quienes con su autoridad perseguían cruelmente y echaban á los obispos ortodoxos de sus sillas; los arianos, digo, nada osaron emprender contra él y le dejaron gobernar su iglesia en paz. Él se aprovechó de esto para garantir á su pueblo el veneno de aquellos y para hacer reinar á Dios en el corazón de sus ovejas por la pureza de la fe y la de las costumbres.

El estado monástico pasó con él á Chipre, como del Egipto y de la Tebaida había pasado á Palestina por el ejemplo de san Hilarión; y sus virtudes atraieron también á esta isla un gran número de solitarios, en donde levantaron muchos monasterios. Siempre conservó su hábito monástico, y sólo usó el vino y comió carne en su vejez cuando la necesidad le obligó á ello. Por más que el mar lo separara de su antiguo monasterio de Eleuterópolis, no dejaba de cuidar siempre de él, ni tampoco de tener relaciones con los otros monasterios de la Siria. El abad del de Eleuterópolis, que se cree sería el sacerdote Gregorio, le escribió una vez en estos términos: « Con el auxilio de vuestras súplicas hemos sido bastante exactos en observar nuestra regla, y tenemos gran cuidado de celebrar el oficio de ter-

cia, de sexta, de nona y de vísperas. » El Santo le respondió que no se debía contentar solamente en aquellas horas, *porque, decía, es obligación de un verdadero religioso tener siempre en el corazón la oración y la salmodia.* Excelente instrucción que enseña á las personas religiosas á vivir en tal recogimiento, que su corazón esté como en una oración y un canto continuo de alabanzas á Dios. No contento con gobernar este monasterio por cartas, iba también algunas veces.

Habia visto en Siria á Acacio y Báreo, abades de dos monasterios de esta provincia, que habían quedado tan edificados de sus conversaciones, que manifestaban en una de sus cartas que su presencia los había llenado todos de pensamientos espirituales y les había dejado un extraordinario deseo de gozar de su compañía. Esto les había hecho formar el propósito de ir á encontrarlo para tomar parte, decían, en la gracia que Dios le había dado como á los apóstoles, y para volverse después con una fuerza toda nueva, á fin de continuar en el estado santo que habían abrazado y perfeccionarse más y más en él.

Habrían ejecutado este proyecto si uno de ellos no hubiese caído enfermo; pero habiéndoselo impedido este accidente, le mandaron á Marcelo, que hacía poco había entrado en la comunidad, y quien tenía vivos deseos de verle por su gran reputación. La carta que le enviaron por este religioso era para rogarle en nombre de todos los solitarios que después de haberles dado los nombres de todos los herejes en su *Ancorat*, tuviera á bien indicarles los dogmas por una obra nueva; y añadian que aguardaban en el ayuno y en la oración la vuelta de aquel que le habían enviado.

Por su demanda, pues, y por la de muchas otras personas compuso su grande obra sobre las herejías que tituló: *Panario*, es decir, como él mismo explica, un bote de far-